

# El amor de la madre y la pérdida del hijo

FERNANDO OJEA

Trama y Fondo

---

## The Love Of The Mother And The Loss Of The Child

---

### Abstract

We analyse, from a biological and spiritual point of view, the unique primary relationship that every mother has with her child. We then discuss the experience of the death of the child, the mother's feelings in the face of such misfortune, and also how the most intimate roots of the woman are brought into play in a world where she is now desolate. In this way we try to highlight the absolutely incomparable nature of the situation in which a mother is grieving her lost son.

**Key words:** Maternity. Death of the child. Maternal mourning.

---

### Resumen

Analizamos, desde un punto de vista biológico y espiritual, la singular relación primaria que tiene toda madre con su hijo. A continuación, abordamos la experiencia de la muerte del hijo; no sólo el sentimiento materno ante semejante desgracia, sino, también, de qué manera se ponen en juego las raíces más íntimas de la propia mujer ante un mundo en el que ahora se encuentra desolada. Intentamos con ello, en fin, destacar el carácter absolutamente incomparable de la madre en duelo por el hijo perdido.

**Palabras clave:** Maternidad. Muerte del hijo. Duelo materno.

---

ISSN. 1137-4802. pp. 91-100

---

## El amor de la madre

La unión de lo masculino y lo femenino da lugar a la “concepción”. Surge, en el seno de la mujer, el embrión-feto, que tendrá un determinado desarrollo en el tiempo de la gestación. A este fenómeno lo distinguimos, sin embargo, del “dar a luz, es decir, del momento producido tras el parto materno en el que un ser estalla inauguralmente a la intemperie inédita donde domina la más inhóspita imprevisibilidad.

Una cosa, pues, es la fecundación y la gestación, y otra lo que propiamente llamamos “nacimiento”. Sin embargo, éste “sigue” a aquella. La

gestación, a pesar de distinguirse rigurosamente del nacer –ya que resulta el “no haber nacido aún”– *anticipa* desde la madre, a su manera, el acontecimiento que tendrá lugar al llegar a su término. Pero ¿en qué consiste el sentido de esa *anticipación* –si es que nos disponemos a emplear este término con el debido rigor? ¿Qué es lo que aquí “anticipa” al nacido? Por un lado, sin duda, el mero proceso biológico que tiene lugar y se desarrolla en el interior de la madre, esa formación embrionaria de magnitud y complejidad crecientes que desde el punto de vista biológico ha de culminar con el nacido. Sin embargo, no es un *puro* fenómeno biológico lo que tiene lugar en la anticipación, sino la propia *maduración del futuro acontecimiento inédito del nacer*. Pero esta maduración –la gestación concreta de la anticipación que aquí se da– no sólo tiene como término el hecho fundacional del nacer, sino que lo hace, además, en el seno de la *madre*: esto quiere decir que ella pasa a ser la *auténtica protagonista del desarrollo de la anticipación o promesa de lo inédito*, del fenómeno excepcional, aún no materializado, pero que ya palpita y se adelanta en su seno.

La mujer no sólo se constituye en cierto momento en madre efectiva del hijo nacido, sino que es, además –y simplemente– “madre” más allá de la irreductibilidad del concreto “quién” al que tras su alumbramiento habría de guardar y velar. Se dirá que si apelamos aquí a una pura “capacidad” esencial de “hacer nacer”, ésta puede extenderse igualmente –aunque de distinta manera– al padre: éste, en efecto, conserva inalterable la capacidad de hallarse en el “origen” de un nuevo nacido. ¿En qué se diferencian, pues, ambos –hombre y mujer– en lo que se refiere a ésta capacidad que hace trascender la progenitura más acá del episodio singular de su inauguración? Y, asociado con ello ¿de qué manera dicha capacidad habría de pertenecer de manera *señalada* a la madre antes que al padre?

Hemos de responder a esto que la madre, durante la gestación, actualiza la capacidad de ser procedencia del nacer como no hace ni podrá hacerlo padre alguno. La “respuesta” del nacido aún no existe, en cuanto tal, pero tiene a su manera lugar desde el proceso mismo que se desarrolla en el seno de lo materno. Durante el íntegro proceso de maduración la madre puede sentir al hijo en sus entrañas y hasta mantener un diálogo (no exclusivamente imaginario) con él: pero sólo lo hará “anticipándose” a una efectiva reacción a sus gestos y a una respuesta efectiva a sus pala-

bras. Esta incapacidad de una respuesta manifiestamente cumplida del embrión-feto se debe a la inexistencia del hijo en su *plena singularidad de nacido*. Pero implica, sin embargo, la concreta actualización de la capacidad materna de concebir, y, en fin, la promesa que sólo la madre puede experimentar anticipando el acontecimiento inédito en que la propia existencia de todos consiste. Consecuencia de ello es que la madre tenga una proximidad y por lo tanto una familiaridad con el hijo que ningún padre puede *de antemano* alcanzar. Dejando a un lado el deseo previo a la concepción, la concepción misma y la gestación, si nos limitamos a lo que ocurre inmediatamente tras el parto, advertimos que el padre recibe al recién llegado como se lo hace con cualquier otro acontecimiento del mundo (por *significativo* que haya de manifestarse a la propia vida): la excepcionalidad del acontecimiento, incrementada con la apertura de una nueva expectativa de vida en su horizonte, *no se aleja en lo sustancial* –a pesar de su carácter extraordinario– de la que otro usual acontecimiento externo pudiese excepcionalmente ostentar. Para la madre, por el contrario, *su vida entera queda súbitamente detenida tras el parto*, atravesando éste la totalidad de su existencia. Ningún otro acontecimiento habría podido alterar su vida ni comprometerla *como* la aparición del hijo nacido y la inicial acogida del mismo en su proto-proximidad. El padre “conoce” al hijo (un conocimiento cuya importancia decisiva sólo se alcanzará progresivamente) como a ese recién llegado –sin duda, de *singular* trascendencia–; la madre no puede en rigor conocerle sino sólo “re-conocerle” como el que ya habitaba sus sueños –y más tarde su cuerpo– con el insistente carácter desbordante de su presencia. O, si se quiere, el conocimiento que la madre tiene de su hijo al nacer goza de un carácter absoluto en su instantaneidad, y la progresión temporal de su cuidado no hará sino profundizar en él como en una adquisición ya asegurada desde siempre.

¿Cómo caracterizar, en fin, la singular experiencia de la madre ante el acontecimiento del propio hijo? Diremos que el vínculo que de manera incomparable le une a él, es el del amor. Amor privilegiado, cuya experiencia no dejará de cesar a lo largo de toda la materna existencia; no de un mero sentimiento de carácter ético, filosófico o religioso, sino el de un afecto único que la desborda y en el que la madre aparece implicada. Es, en efecto, la propia vida la que está en juego en este prodigioso destino del amor.

### La muerte del hijo

Dando un salto, hemos de abordar un inesperado escenario para la madre: escenario trágico –mas siempre posible– que es la pérdida (muerte) del propio descendiente; escenario ante el cual la capacidad materna de haberlo parido y amado se estremece, en su angustiosa fragilidad, en un catastrófico destino.

No se trata sólo, como en el caso del padre, de experimentar la muerte de *este* determinado hijo sobre el que se hubiese ejercido la progeneración; se trata de la *precariedad* a que la existencia toda aparece sometida. Lo que angustia y paraliza a la madre ante la muerte del hijo no es sólo la desaparición de un singular ni de su propia singularidad como madre sobreviviente; es la herida sangrante abierta en la capacidad misma de “hacer nacer”, en el don que prodiga el surgimiento de la vida. En este caso, y acudiendo a la célebre declaración freudiana, no es que el mundo se oscurezca bajo la proyección de la sombra del hijo cayendo sobre la progenitora: la sombra cae sobre la existencia toda desde el acontecimiento que ha golpeado, ahora, la fiable solvencia de su origen. Más allá del concreto nacido y de la propia maternidad en relación con él, lo que aquí se estremece es la pura capacidad de nacer *que implica y desborda a ambos*. Tras este golpe brutal la madre ha de recuperar, al cabo, tanto al mundo como a sí misma, o no se recuperará jamás. ¿De qué manera habría de producirse lo primero?

Intentemos adelantar una respuesta: se tratará, por lo pronto, de recorrer la experiencia extrema que supone el nacer mismo –es decir, la *fragilidad* de su prodigio– hasta el final; el final, no será otro que el resurgimiento de la rigurosa *excepcionalidad* de ese prodigio, excepcionalidad sosteniéndose incesantemente –como condición de sí mismo– en el abismo de su propia fragilidad. Es a lo más a que puede llegar la madre de un hijo muerto. En lo que se refiere a su relación más desplegable con el sobrevivido, a su iniciativa y al desarrollo de su porvenir interrumpido de una vez, el dolor no cesará nunca. Pero ese dolor ha de llegar, al cabo, a experimentarse como ofrenda que se ha cobrado el nacer: el mismo nacer que ha de continuar inalterable su destino. ¿De qué manera?

Todas las demás actitudes posibles respecto del hijo sobrevivido, la apelación a sus rasgos, por ejemplo, que el padre evoca descendiendo hasta su pura iniciativa para desde ella ser remitido a la reanudación de la propia; todo ello, decimos, si bien puede ser “ocasionalmente” compartido por la madre, no podrá remitirla ya a sí misma como quien trasciende la desaparición del hijo hacia la continuación de su propia vida: esta vida se ha roto para siempre. Pero:

–la singularidad del hijo se desplazará progresivamente hacia el acontecimiento inconmensurable del nacer que, como capacidad de hacer brotar la vida, resurge una vez más: lo hará –con el dolor activo de la madre– *precisamente* desde su extrema fragilidad. Ese dolor se reencuentra entonces con lo que ha comprometido ya la existencia materna toda; existencia que ahora se inclina, en calidad de sacrificio, ante lo que ha de hacer seguir surgiendo y desplegando sin cesar al universo del sentido

–Sin embargo, se dirá ¿no queda con ello la singularidad del hijo desaparecido disuelta en humo que se retira ante una suerte de “abstracción” del nacimiento? De ninguna manera. El sentido experimentado al fin por la madre *desde la fragilidad* del nacer acoge, a la vez, el *excepcional* carácter único del hijo ausente *que ahora se recupera confundiendo con aquél*.

Veámoslo mejor. Para ello es necesario interrogar: ¿constituye la aceptación de ese puro dolor, en relación con el hijo, la mera pérdida del mismo en su ya extinta singularidad? ¿Tiene esa pérdida sólo el monótono carácter irremediable de una pura ausencia? ¿Se ha condenado ese dolor a permanecer como una herida irreparable destinada a subsistir indefinidamente en su árida soledad?

Aquí la experiencia fundamental de la muerte del hijo –insistamos en ello– incluye en la madre la *fragilidad* esencial del hecho de nacer. Esta fra-



gilidad, sin embargo, no es lo único que pertenece al carácter *apriorístico* de la capacidad de dar vida que habita en toda mujer. Implica, además, el hacer posible la *excepcionalidad*, es decir, el ser incomparable –y por lo tanto único– que está *destinado a surgir con cada nacido*.

Lo nacido es excepcional no sólo en el sentido de transgredir una extrema improbabilidad, más allá de la cual irrumpe tras haberse cumplido milagrosamente como posibilidad efectiva. Además y por ello mismo el nacido, surgido imprevisiblemente, manifiesta un carácter irreductible. Pero éste ser único, ésta irreductible singularidad que lo constituye proviene, en su incuestionable *excepción*, de la *fragilidad* misma perteneciente al acontecimiento de inaugurarse que le ha dado origen; es decir, entonces, perteneciente a la capacidad *apriorística* que habita a lo materno de dar vida, de hacer nacer. Y es así como la madre, de la experiencia de la fragilidad propia del nacer –y en consecuencia del carácter excepcional del cumplimiento de su posibilidad– se ve *remitida* a la singularidad incomparable del hijo muerto *confundida, ahora*, con la pura capacidad de ese mismo nacer que la desborda.

Es aquí cuando aparece y se configura, con todo su paradójico vigor, la memoria materna. Atengámonos un momento a su recorrido.

Tras la muerte del hijo la madre suele caer en un estado algunos de cuyos síntomas pueden resultar similares a los de la melancolía. En este sentido, toda locuacidad de la memoria parece cesar, y, atrapada la mujer por la más severa apatía –apatía ante todo lo que aún guarde un resto de sentido– suele encerrarse en un mutismo en apariencia definitivo. Pero la desaparición del lenguaje –este siempre relativo silencio del sentido– no ha de verse como la melancolía, en la que con el duelo aparecería la muerte como interrumpida prolongación de sí misma, ensimismándose de acuerdo al modelo narcisista como único ejercicio de su memoria. El verdadero mutismo de la madre es, en cambio, un preámbulo al ejercicio de la piedad, y de la disposición de ésta como memoria de la esperanza. Con la muerte del hijo, en efecto, la madre experimenta no sólo el propio vaciamiento de sí misma –por la desaparición irreversible de lo que de ella había procedido– sino, además, el vaciamiento de todo sentido: ya que *lo que de ella al cumplirse su maternidad había procedido es, ahora, el nacer*

*mismo*. De esta manera, el universo entero se ensombrece y cae en el puro sopor de un espectáculo mudo. Ello explica un fenómeno que aparece con frecuencia en la madre en duelo: su retroceso hasta el momento en que se hallaba pariendo al propio hijo cuya definitiva ausencia trágicamente se le ha impuesto. Los dolorosos síntomas del parto se re-crean, de esta manera, buscando reencontrarse con el originario proceso en su momento puesto en marcha: el de su capacidad única de hacer nacer. Los sufrimientos de la madre aullando ante la noticia de la muerte del hijo son bien conocidos; quizá sólo haya una cosa más temible que esto, y es la intensidad de su mirada *ya por completo ausente* tras atenuarse toda vana agitación; esa mirada que atraviesa el tiempo y pende en el puro misterio de la muerte.

La madre, pues, se marcha del sentido con la marcha del hijo, puesto que no es sólo éste, su hijo, lo que se ha marchado, sino además –y con él– *todo* sentido. Antes que la exclusiva muerte del hijo, lo que se halla herido de muerte es el propio nacer, y, con éste, la más íntima capacidad de liberarlo –de concebirlo, de gestarlo y de parirlo como tal. La apatía, la persistente y muda ausencia de la madre ante el mundo, no hace sino testimoniar la pérdida inapelable de su sentido. Pero ese doloroso proceso del duelo materno ha de conducir, si se orienta por el propio nacer conmovido en él, a la actualización fecunda de la memoria; piadosa memoria destinada a reencontrar la promesa inaugural de todo nacer con una magnitud *proporcional* a la de la inconmensurable vaciedad presente en su duelo.

Situémonos un momento en la memoria que a cualquier otro ascendiente del hijo le sería dado tener ante su trágica muerte, y considerémoslo en relación con la experiencia de duelo materna. Donde *suele* detenerse la memoria de los Otros sobrevivientes del hijo es en el rasgo de la orientación de su concluido porvenir; es desde esta evocación como se desciende a la anticipación originaria que ha soportado invariablemente ese porvenir como esperanza abierta, ahora, a la existencia de los ascendientes en duelo y en definitiva al porvenir de todos. Ahora bien, en la *prematuridad* del trato con el hijo la madre, por su parte, ha constituido el aliento con que se habría estimulado la afirmación de la iniciativa de aquél y templado el vigor de su deseo. La madre del hijo muerto desciende sin duda a la memoria de esa iniciativa, al puro hecho de comen-



zar –que asimilará, como no puede hacerlo Otro alguno, a su propio privilegio de abrir desde sí misma ese comienzo, el de dar vida; es decir, que asimilará la propia capacidad de hacer nacer que a su vez la desborda. Quienquiera que haya tenido oportunidad de hablar con algún otro-sobreviviente en duelo habrá advertido que éste, en la evocación del ausente, suele referirse a episodios concernientes a las posibilidades desarrolladas por aquél a lo largo de su existencia. La peculiar destreza con que conducía sus tareas, la señalada capacidad de haber resuelto determinadas dificultades, la eficacia alcanzada en el cumplimiento de tales o cuales objetivos, etc. “Pocos lo habrían hecho como él...”, dirá. Fijémos: la frase, concebible en boca del sobreviviente en duelo del caso, establece de manera implícita una comparación entre el resultado –objetivo ya– del desarrollo de esas posibilidades y otros resultados eventuales (“pocos lo habrían hecho...”). Con ello, somete la consideración del ya cursado porvenir del sobrevivido a una dimensión objetiva y, por lo tanto, evaluable en términos relativos al curso siempre posible de otros porvenires. La madre, en cambio, no evocará ante todo las realizaciones del hijo en terreno objetivo alguno; a ella le será dado, más bien, recordar la irreductible singularidad de un gesto o de una mirada detenidos instantáneamente en el fugaz destello de su rasgo: es, así, el rasgo de una pura iniciativa el término preferente de su memoria; esa casi inatrapable cadencia al inclinarse sobre las cosas, de rechazar o de consentir, de padecer o de actuar: pura iniciativa apresada y detenida con estupor en la memoria. Puro comienzo del nacer del hijo muerto: comienzo ya iniciado y que sólo ha dejado de proseguir para ser confiado al amparo de la memoria materna en calidad de comienzo *incomparable*, de desnudo nacer. No se escuchará a la madre decir –excepto en ocasión de un transitorio mimetismo con otros sobrevivientes próximos a ella–: “pocos lo habrían hecho como él”. No: *nadie* lo habría hecho como él; y añadamos: *nadie* habría hecho como él *lo que fuere*; donde “lo que fuere” vendría a significar, aquí, que lo decisivo no es ni será nunca “éste o aquél hacer” –con sus siempre comparables contenidos y resultados–; lo decisivo es el acontecimiento único según el cual una existencia hubo de surgir por primera vez al sentido, inaugurándolo simultáneamente de manera inédita. Y es sólo *desde* ello, por otra parte, como cualquier posterior evocación verdadera del desarrollo de la existencia de un *hijo* podría sostenerse y ser a la vez objeto de la memoria de quienes lo hubiesen sobrevivido. De esta manera, la memo-



ria de la madre se halla *en la base* de toda posible memoria biográfica o “histórica” de la *esperanza*, y ésta última sólo será tal en la medida en que se reconozca sostenida y alimentada por la primera. La memoria de los otros ascendientes ha de enraizarse, en última instancia, en la materna para poder *proyectar ante el mundo* un nuevo acontecimiento de esperanza (el *porvenir* del hijo muerto no ha terminado con el mero hecho de su defunción; permanece vivo, en la memoria de los mayores, y abierto a una eventual fecundidad sin término en el quehacer, en cada caso vigente, de los que le han sobrevivido).

Hijo muerto en diversas circunstancias, por estremecedoras y dolorosas que aparezcan, entran siempre en el campo de lo *posible*; por ello al progenitor masculino le es dado, aún con la súbita alteración producida en la representación habitual de las cosas, *concebir* esa muerte. Y bien: a la madre, no. En el primer caso, se ha invertido en el sobreviviente el sentido de la propia existencia; en el segundo, ese sentido se ha des-fondado desde su raíz. Lo que en la madre en duelo tiene lugar no es la alteración de posibilidad alguna, sino la aparición de la pura imposibilidad en el seno de la existencia. Podremos oír –una vez más– a los ascendientes hablar, con una mezcla de tristeza y ternura, del abortado cumplimiento de los caminos trazados por el ausente; caminos que siempre serían dados recoger y llevar acaso en el porvenir a una re-creación inédita. El otro-sobreviviente puede sin duda velar por la memoria de la



esperanza del ausente. El habitual discurso acerca de la vida, aunque bruscamente interrumpido por la inesperada pérdida, logra al cabo de cierto tiempo proseguir, incluyendo al ausente en él. Sólo a la madre, en cambio, cabe decir –con irremediable sinceridad–: “¿Cómo es *posible* que mi hijo haya muerto?”. Puesto que lo *imposible* ha tenido en efecto lugar. ¿De qué se trata en esa sucinta declaración materna? De que su experiencia de esa muerte no sólo representa (como para los otros) la mera con-

moción de lo imprevisible, sino la de-substanciación misma de todo horizonte; con otras palabras, no sólo la brusca interrupción inesperada de un nacido sino una herida mortal en el corazón del propio nacer. En consecuencia, y siendo el nacimiento la fuente de toda posibilidad, se trataría – insistamos en ello– de lo imposible.

Hemos mostrado que la madre puede descubrir entonces la fragilidad esencial al nacer y, con ella, la irreductible excepcionalidad de su surgimiento: he ahí como desde su herida puede volver a brotar, iluminada por la tenacidad de su memoria, la esperanza. Pero, por lo pronto, la sofocante inmediatez de su experiencia enmudece toda eventual acción; la madre en duelo se encuentra capturada por el sin sentido, por la herida que ha agrietado la matriz de toda posibilidad.

En esta extrema evidencia de su dolor, en esa mueca en que parece inmovilizarse su desesperación, queremos ahora detenernos. Es la pureza e intensidad con que se ha visto repentinamente *detenida ante lo imposible*: mas para poder también *saltar, desde su inhóspito extremo, hasta el otro magnífico extremo de la posibilidad*.

Todo gesto de consuelo retrocede ante el oscuro fulgor del encuentro materno con la vida y la muerte; encuentro con el desbordante desamparo desnudo del nacer; y encuentro con la *piadosa* tenacidad de su memoria volviendo a pujar desde las entrañas el tesoro de la esperanza situada incomparablemente entre los extremos del más oscuro repliegue del nacer y la luz de su más despejada transparencia, el duelo materno nos abre el camino de toda respuesta que padres e hijos deberán, a su vez, encontrar en él.